Escribir al límite: el aforismo español contemporáneo

Ricardo Martínez-Conde

Selección y nota de José Ramón González

E

El interés del escritor gallego Ricardo Martínez-Conde por el aforismo viene de lejos y se ha sostenido a lo largo de casi tres décadas de intensa actividad creativa en la que ha dado también a la imprenta más de veinte volúmenes de poesía, narrativa y ensayo. A la publicación de sus *Cuentas del tiempo* (Valencia, Pre-Textos, 1994), primera entrega de su obra aforística, le ha seguido *Alusión al paisaje. Aforismos* (Palma de Mallorca, Calima Ediciones, 2002) y dos colecciones de textos en gallego, *Debullar* (Vigo, Galaxia, 1998) y el reciente *Ecós da Néboa* ([Líñas-Oleiros, A Coruña], Editorial Trifolium, 2012). Tiene también dos libros inéditos: *Por el camino*, que publicará próximamente la editorial Trea, y *Continuidad del cielo*. A este último libro pertenecen precisamente los aforismos que he seleccionado en esta ocasión.

Martínez-Conde alcanza como aforista una particular intensidad expresiva, que podemos calificar de plenamente poética. Sus textos, muy medidos y muy bien ajustados (en sus dimensiones, en sus pausas, en su ritmo interno, en sus cierres) transmiten la impresión de pequeñas piezas henchidas de sentido, en las que el lenguaje se tensa hasta el límite, en la inminencia de una apertura súbita, que tras el ejercicio de lectura se entrega como vislumbre de certeza e incluso, en muchas ocasiones, como desgarrón de luz. Con sus aforismos, Martínez-Conde sondea la realidad del ser y la condición del hombre, arrojado a la intemperie de la existencia y menesteroso de un sentido que sólo atisba quien se compromete en una lucha constante –de un heroísmo inconmensurable y secreto– con la palabra. El valor y el destino del aforismo han sido siempre, escribe el propio autor en su trabajo “El aforismo o la formulación de la duda” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, 586, abril de 1999), “un enriquecimiento del mundo interior a través de la palabra”. A lo que añade: “La comunicación, por ello, adquiere en el aforismo una cota milagrosamente alta de perspectiva, de identificación, de inteligencia. Su dificultad está en su exigencia. Nada, en el aforismo, ocurre en vano, nada es baladí en esas pocas palabras

elegidas que transmiten más que un significado, su esencia”. También destaca, y esto es relevante porque explica el carácter elusivo y reticente de su decir aforístico, el valor constitutivo que en el género adquiere “lo que no se dice” (un silencio que podríamos conceptualizar tal vez como la necesaria “cámara de expansión” del aforismo).

Sus temas, por otra parte, son las grandes cuestiones de siempre: el tiempo, la muerte, el amor, el íntimo desamparo, la soledad, el dolor, el silencio y la palabra, la fe y la duda o la belleza. Pero también la naturaleza –consuelo o rasero– y el paisaje, sobre el que se recorta la frágil silueta del hombre.

Aforismos

Un texto propio, escrito de mano propia bajo un silencio propio, es más que una referencia porque es más que uno mismo.

Cada día, además de avatares, acumulamos al haber de la memoria un silencio nuevo.

Cada mañana, lo que nos distingue a los integrantes de la naturaleza es la forma de esperar.
(Eso es vivir.)

De niño se miden las cosas con el corazón; así es como se conoce el miedo. O el vacío, la ausencia de aquel a quien esperas (de aquel en quien esperas). En tal estado de pureza, amor es espera y el miedo vacío.

Luego todo será una repetición.

Nueva y vieja letanía de la lluvia. He ahí una parte de la religión de este paisaje antiguo y vivo.

Todo lo que ha sido posee la belleza y la armonía de no ser ya.

La pasión domina esa argumentación secreta del que, abandonado, mira al cielo.

El poder es ese depredador acechante cuya capacidad de simulación, de adaptación al medio, es infinita. ¡Y para colmo es el único animal insaciable!

La fe conmueve, al modo de una pasión. Por eso es sospechosa.

¡La fe en la fe sí que ha hecho milagros! Bien es cierto que, en algunos casos, monstruosos.

El miedo como el antídoto de la filosofía.

He aquí que la tristeza, a la postre, es quien mejor nos comprende. De ahí su seducción.

La soledad es un asunto entre yo y el Otro.

Nos fortalece más el escuchar que el hablar; en el escuchar conocemos el vacío que produce el hablar.

Lo impenetrable, curiosamente, es lo más vaporoso, transparente, etéreo; el alma, por ejemplo.

El paisaje es plácidamente extenso y las medidas del espacio casi infinitas, sin embargo el hombre siente inevitablemente sobre sí el límite, el peso, el empuje de algo.

El vicio educa lo que la virtud ignora.

A la memoria, como a los niños, ha de atenderse en los momentos más inesperados. Eso, o exponerse a un mal mayor.

El hombre alegre quería fundar el Club del Olvido.

Sintió, y todo el orden universal fue activado.

Ay, el espejo de la lluvia.

¿Cuanta más perfección más soledad?

La precocidad posee la virtud de hacernos llegar mucho antes al error.

El tedio es el poso que resta luego de apurar la reflexión.

La religión es el silencio.

El silencio es la religión.

Llegó a pensar que lo inconmensurable es la mitad de lo vivido.

El poseedor apenas repara en lo poseído; solo repara en su condición de poseedor. De ahí su esencial condición de poseído.

No siempre se cierne sobre uno la pena: hay que aprovecharla.

El mundo es tan infinito como el olvido.

Una de las debilidades del poder es que todo lo exagera.

Es la noche quien nos incita a la perennidad. (Otra de sus equívocas bellezas.)

Los caminos también lo son de regreso.

Lo primitivo es aquello que nos ha pertenecido siempre pero que trataríamos de negar por miedo a la responsabilidad.

Siempre os asombrará, decía, la indiscreción del tedio.

El humor, el instrumento de la melancolía.

A propósito del Arte, cualquier mendigo tendría mucho que decir.

Todo viaje se realiza hacia uno mismo (con reiteración).

(De *Continuidad del cielo*, inédito)

Ricardo Martínez-Conde